

CAPÍTULO V

DEL SERMÓN DE MISTERIO

I

Idea del sermón de misterio.

A los dogmáticos se reducen los sermones de misterio, llamados así porque versan sobre los misterios de la vida de Jesús y de María Santísima que la Iglesia celebra con alguna solemnidad.

Los misterios deben tratarse de manera que los fieles puedan conocerlos cual conviene á un buen cristiano; que los veneren y los honren y que de ese conocimiento resulte el provecho para sus almas.

De suerte que en esta clase de sermones, el predicador deberá exponer, con la claridad posible, el misterio, y señalar su significación. Igualmente hará ver las perfecciones de Dios y las virtudes de Jesucristo y su santa Madre que en el asunto que se celebra resaltan de un modo especial, proponiendo á la consideración del auditorio los frutos que de esas festividades de los misterios podemos recoger.

Antes de Bourdaloue, ningún orador había atinado á tratar de esta especie de sermones con un criterio luminoso, sabio y digno del arte. Sus sermones son el mejor modelo que puede proponerse, y á ellos remitimos á los que deseen ver tratados con talento profundo los santos misterios de nuestra religión, y hacer derivar de ellos una moralidad abundante y provechosa.

En esta clase de discursos debe evitarse: 1.º, el exponer sumariamente el misterio, no descubriendo el espíritu de la solemnidad que celebra la Iglesia; 2.º, el exponerle con la aridez de las escuelas, modo frío que ni gusta al auditorio, ni mejora las almas; 3.º, el adornarle con una pompa artificiosa, cuyo resultado es empuqueñecer la festividad.

II

Sermones de novena.

Existe en la Iglesia la laudable costumbre de hacer preceder las principales festividades de una novena con sermones dirigidos á preparar á los fieles para que las celebren dignamente, ó bien de que siga á ellas un octavario, á fin de que recojan aquéllos los frutos que de las mismas se derivan.

Es un precepto de que no se puede prescindir en tales casos, el que el orador, encerrándose dentro de la esfera de la festividad ó misterio que es objeto de la novena, dirija á él con una progresión de pensamientos y de moralidad la mente y el corazón de su auditorio.

Este precepto, sobre no tener nada de violento, tampoco es difícil. No es violento, pues ha de tenerse presente que los sermones de novena son parte de la misma solemnidad, y, por consiguiente, deben estar en perfecta armonía con ella. Tampoco es difícil si se conocen como es debido toda la extensión y fecundidad de los misterios cristianos. Colóquese, por decirlo así, el orador en el centro del misterio, acerca del cual tenga que hablar; desarrolle por medio de la revelación y de la ciencia aquel foco de luz relacionado con el gran sistema de la religión; considere todas sus fases y relaciones; suba á los diversos atributos de que el misterio

rio es una manifestación; presente la moralidad, despierte los afectos, que nacen vivos y copiosos de aquellas fuentes, y discurriendo y amplificando los elementos que la meditación del misterio le ofrezca, podrá ordenar, sin confundirse ni repetirse, una magnífica serie de discursos. Igualmente grande y fecundo podrá ser el orador al celebrar la novena de cualquier santo, si reflexiona que la vida de éste fué el Evangelio en acción; si sube de los hechos á los motivos morales que los engendraron; si eleva su mente á aquellas fuentes de gracia que tanto enaltecen la naturaleza humana; y, en suma, si no separa la historia del santo de la idea general de la religión, de la que el santo es una flor, pero flor digna de que se la considere unida al árbol que la engendró.

Podríamos, siguiendo un poco más á Audizio, presentar ejemplos de cómo pueden hacerse los discursos de varias clases de novenas; pero sea cual fuere la solemnidad sobre la cual tenga que hacerse esta clase de sermones, hallará siempre en ella el predicador materia abundante, con tal que medite con atención y que posea en las sagradas letras la instrucción que su ministerio requiere.

III

Sipnosis del sermón de Bossuet sobre la Asunción de la Virgen.

Texto.—*Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum.* (Cant., VIII, 5.)

Exordio.—Está tomado de la relación que existe entre el misterio de la Asunción y la Encarnación del Verbo. Así como el Verbo, bajando al seno de la Virgen, tomó de ella una vida mortal, así subiéndola El al cielo, dióla una vida gloriosa, de lo cual se alegran

los ángeles y los hombres. No se ocupa el orador en describir esta gloria de la Virgen, sino que para mostrarnos ejemplos que imitar en la grandeza de María, se propone demostrar ésta

Proposición.—«La virtud de María fué causa de la gloria que esta Señora alcanzó.»

División.—Para llegar á esta gloria fué necesario:

- 1.º Que fuese despojada de la mortalidad, y esto hizo en ella el *amor divino*.
- 2.º Que fuese revestida de la inmortalidad, y esto hizo su *virginal pureza*.
- 3.º Que fuese sublimada sobre todas las jerarquías celestiales, lo cual le mereció su *humildad*.

PRIMERA PARTE

Cristo, venciendo la muerte con su muerte, estableció esta ley para el género humano, que nadie pudiese llegar á la vida sino por la muerte. Por lo cual, si María debió morir, no murió como los demás hombres, sino en fuerza del amor hacia su Hijo. Lo cual prueba el orador, demostrando:

I. «Que fué inmenso y singular el amor que la Virgen tuvo á su Hijo.» Se prueba:

1.º Por la *naturaleza* de este amor. María amó á Dios en su Hijo, y á su Hijo en Dios; y así, dice Amadeo, obispo de Lausana: «Dos amores se habian juntado en uno, y de los dos amores se hizo uno.» El amor natural de la madre para con el hijo es muy grande, y también lo es el amor sobrenatural del hombre para con Dios; debió ser un amor especial el de la Virgen, pues en él estaban unidos uno y otro amor.

2.º Por la *causa* de este amor. El hijo que engendró María es el mismo que engendró el Padre Eterno, con el cual tiene de común la generación, como dice San Bernardo, pues no lo engendró por su natural fecun-

didad, sino por obra del Altísimo. Es así que Dios, que quiso tener un hijo, que también lo fué de la Virgen, y fecundarla con su poder, le dió, á no dudarlo, un amor semejante al que El le tiene. Luego el amor de María, de tal manera supera al amor de las criaturas, que ni con el pensamiento podemos medirlo.

3.º Este amor, por su naturaleza tan singular, se aumentó sobremanera, no menos por la perfección con que amó la Santísima Virgen, cuanto por verse correspondida de su Hijo, que la colmaba de nuevas gracias.

II. De este amor, después de la Ascensión de Jesús, no pudo menos de nacer en la Virgen un grande deseo de unirse á su Hijo.

Lo cual se infiere, ya de la *naturaleza* del amor, ya de los *ejemplos a minori*, aduciendo el de San Pablo, que deseaba morir para estar con Cristo; el de la mujer de Tobías, que ardía en deseos de ver de vuelta á su hijo; el de los mártires, que derramaron su sangre por unirse á Cristo; el del anciano Simeón, que habiendo visto al Salvador, deseaba ser desligado de este mundo. De donde colige el orador, que es admirable el que pudiese vivir la Virgen tantos años después de la Ascensión. Pero que lo permitió Dios, para que su amor se perfeccionase de todos modos, y sólo cuando hubiese llegado á lo sumo, saliese aquel espíritu purísimo de la cárcel de aquel cuerpo.

Sigue después la *amplificación* por una paráfrasis muy suave del texto (en la que se puede observar una traslación continuada).

Concluye el orador moralizando de este modo: Los que, disfrutando de los bienes de este mundo, nada más desean, es indudable que no aman al Redentor. Aquellos lo aman, que desean dejar la tierra. Por lo cual teman los oyentes; porque, como dice San Agustín: «*Qui non gemit peregrinus, non gaudebit civis.*»

SEGUNDA PARTE

Demuestra el orador el asunto de esta segunda parte con un silogismo.—*Mayor*: la virginal pureza de María fué excelente.

Pruébase: Jesús, Esposo de las vírgenes, queriendo una madre semejante á él, no sólo la preservó del pecado, sino hasta del *fomes peccati*.—*Menor*: Es así que tal pureza, 1.º Libró á la Virgen de la corrupción de la carne. *Pruébase*: El corromperse la carne de los santos es por hallarse viciada con el *fomes peccati*; debe, por consiguiente, transformarse y renovarse para que pueda poseer el cielo. Es así que la carne de la Virgen, siempre pura, no tenía necesidad de renovación, luego no debía corromperse.

2.º Alcanzó la resurrección antes del día señalado para todos.

Se ilustra con la semejanza de una tierra bien cultivada, que da frutos antes del tiempo ordinario, y se confirma con el amor de Jesús, que enamorado de la pureza de su Madre, echó raíz, como dice Tertuliano, en el vientre de la Virgen, y ahora se da prisa á volver gloriosa aquella carne virginal.

3.º Dió una gloria singular al cuerpo resucitado de la Virgen.

Se prueba: De los resucitados por Jesús, dice San Mateo, «serán como ángeles de Dios», por lo cual Tertuliano llama á su carne *angelical*. Pero de las demás virtudes se distingue la virginidad, que, como dice San Agustín, «tiene algo que no es carne en la misma carne». Y si en esta vida vuelve á los hombres semejantes á los ángeles, con mucha mayor razón en la otra. Con tanta mayor gloria brilla el cuerpo de María, cuanto es

más excelente que las demás vírgenes. Se *amplifica* con el texto de la Escritura: *Mulier amicta sole*.

Exhorta á las vírgenes á alegrarse de su virginidad, recordándolas, sin embargo, que *habemus thesaurum istum in vasis fictilibus*.

TERCERA PARTE

Los humildes se despojan voluntariamente de lo que poseen, pero aún reciben más de Dios: *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes*. Esto sucedió en María.

I. Poseía: 1.º La excelsa dignidad de Madre de Dios, y quiso ser tenida por sierva.

2.º Una admirable pureza, y anduvo mezclada con las mujeres inmundas.

3.º A Jesús, y consintió en ser privada de él. Esto tercero prueba el orador con más extensión, considerando aquellas palabras: *Mulier ecce filius tuus*. Ya no llama madre, sino mujer, y delega al hombre para hijo en vez de él. *Amplifica*: Se queja María por ser abandonada de su hijo y responde Jesús: *Ecce filius tuus*. «¡oh cambio!» (San Bernardo); María, sin embargo, se conformó, juzgándose indigna de tener á Dios por hijo.

II. Pero esta humildad fué remunerada por Dios con largueza.

1.º Se había hecho sierva, y le dió el imperio sobre toda criatura.

2.º Quiso aparecer como mujer inmunda, y se le dió el poder de interceder y ser *refugio de pecadores*.

3.º Consintió en perder su hijo en la cruz, y lo recibió glorioso: he aquí que entra «apoyada sobre su amado».

Amplifica.—Invoca el orador á los cielos para que celebren el triunfo de la Virgen; y se figura oír á los

Patriarcas y Profetas lo que antes habían profetizado de la Virgen (Moyses, Números xxiv, 17; Isaías, vii, 14; Ezeq., xlv, 2; David, 44, etc.), y principalmente la misma María (Luc., i, 46-48). *Perora* exhortando á los fieles á implorar el auxilio de la Virgen; y, usando aquellas palabras de San Bernardo: *Quis tam idoneus ut loquatur ad cor D. N. J. Christi ut tu felix Maria?*, concluye rogando por sí y por su auditorio.

CAPÍTULO VI

DE LAS CONFERENCIAS

I

Idea de las conferencias.

Entendemos por conferencia un discurso en que se expone la fe cristiana y se la defiende contra los herejes ó incrédulos para traer á los oyentés á la verdad ó confirmarlos en ella (1).

A las conferencias dan su carácter la polémica y la apología, porque tiene el predicador que hablar al pueblo que duda, que discute, y que muchas veces niega, resistiendo á la verdad y oponiéndose á ella con todas sus fuerzas.

Hoy, como siempre, el orador no debe proponerse otra cosa que la santificación de las almas. Pero ¿de qué medios ha de valerse para conseguirlo? Esta es toda la cuestión, todo el criterio, para comprender lo que necesita en la actualidad un predicador católico.

La filosofía es hoy el tema de todas las conversaciones y de todos los estudios; en las cosas más importantes como en las más triviales, en el foro y en la plaza, en la tribuna y en el periodismo, la filosofía anda de

(1) Hay otra clase de conferencias en forma de diálogo entre dos oradores, de los cuales el uno, representando al pueblo, propone cuestiones de doctrina cristiana que el otro resuelve desde el púlpito.

continuo en boca de todos. Debía, por consiguiente, la verdadera filosofía subir á la cátedra del Espíritu Santo, para bajar desde allí sobre el mundo convertida en varonil y celestial palabra, que confundiendo el orgullo del impío, conmoviese el corazón del indiferente y arrastrase á todos al santuario; era conveniente oponer á la razón filosófica la razón católica, y que fuese en suma el ministerio católico lo que siempre ha sido, tipo y centro, base y modelo de la ciencia y de la verdad; *verdad y vida*, á ejemplo de su divino Maestro.

Esto sirve para explicar la necesidad en general de las conferencias predicadas por los grandes oradores de nuestro siglo, y no debe, por tanto, extrañarse que en determinadas ocasiones hayan convertido el púlpito en cátedra de filosofía, porque haciéndolo así, han correspondido á una gran necesidad de la época, y han estado en su puesto, es decir, en el puesto donde han provocado la lucha los enemigos de la religión.

En España no se advierte la necesidad de predicar de esa manera. Algo bueno y muy acomodado á las necesidades del día se puede tomar de este género de predicación. Hasta en Francia no sería conveniente, ni aun posible, levantar muchos púlpitos á la altura del de Nuestra Señora de París. Se ofendería á la nación entera considerándola como la patria de la incredulidad. Gondon decía á propósito de las conferencias de Newman: «Yo he pensado siempre que nuestros apologistas dispensan al racionalismo mucho más honor que él se merece, y que le dan, al parecer, una importancia que jamás ha tenido.»

La juventud, sin embargo, siente entusiasmo hacia ese género de predicación; pero la experiencia ha hecho conocer que la imitación sería muy perniciosa. Se ha observado además, que pervierte el gusto y malogra disposiciones con perjuicio del pueblo cristiano, que no encuentra en tales discursos las instrucciones que nece-

sita. Adóptese, pues, con tino lo que las circunstancias reclamen; aunque ponerse á filosofar con nuestros incrédulos, nos parece que puede excusarse.

II

Método de las conferencias.

No todos los oradores reúnen las condiciones necesarias para esta clase de instrucción. El orador sagrado que ha de defender los grandes intereses de la religión por medio de las conferencias religiosas, debe distinguirse por una ciencia profunda y variada, para poder atravesar majestuosamente y con pie firme el dominio de la doctrina católica sin extraviarse ni embarazarse. Necesita conocer suficientemente los sistemas de las escuelas filosóficas, especialmente de las modernas; haber rumiado y digerido la substancia de las obras de los apologistas; haber hecho como una excursión científica por el vasto campo de todos los conocimientos humanos, y hallarse al corriente del espíritu de su siglo, de sus tendencias, de sus necesidades, de sus pasiones, de sus esfuerzos, á fin de evitar ofender los partidos y servirse como de apoyo de lo que es justo y verdadero en la opinión dominante, y de simpatizar con su auditorio en todo aquello que éste ama como grande y bello, adquiriendo de este modo cierto derecho de tocar sus ideas para purificarlas, modificarlas ó combatirlas.

En cuanto al método en que ha de desenvolver el predicador de conferencias el copioso caudal de sus conocimientos, claro está que teniendo por objeto esta clase de discursos el triunfo de la verdad en las inteligencias, debe aplicarse principalmente á hallar la combinación más propia para el desarrollo de las pruebas, enlazándolas y graduándolas de la manera más propia para

conseguir un asentimiento más fácil. Pero como la elocuencia es el indispensable vehículo del pensamiento, los elementos de la inteligencia no le son suficientes; necesita este género de discursos, si no de las grandes pasiones, al menos de aquellas dulces y tranquilas emociones del alma, que preparen la entrada de las pruebas y predispongan á los oyentes á sacar en la peroración el fruto de santificación apetecido. Las demás observaciones que se han hecho al hablar de las partes del discurso, tienen aplicación al tratar de las conferencias.

Modelos de las mismas encontraremos en las predicadas por el obispo de Hermópolis, conde de Frayssinous, ante quien se agrupaba una juventud ávida de verdad y que tan gloriosos frutos produjeron en Francia, y en las manos de todos se hallan las no menos célebres del sabio dominico P. Lacordaire, del P. Ventura Ráulica y las del P. Félix, famoso jesuíta. Consúltese, pues, y acomódese en cuanto sea posible su estilo al carácter de nuestro país y á las necesidades de nuestra sociedad, si desgaciadamente llega el tiempo de tener que emplear esta clase de discursos.